

tro holandés, de que dió cuenta el doctor Thebussem en la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

De estas ochenta y tres piezas, he reunido hasta ahora la mitad, y excuso decir á VV. que están á su disposición, cuando muchas de ellas las debo á su amistad, generosa hasta el extremo.

Y ya que de teatro hablamos, permitan que me salga de esta interminable carta diciéndoles como decían nuestros sainetes, *perdonad sus muchas faltas*.

De VV. verdadero y afectuoso amigo,

J. M.^a A.

Sevilla, Octubre, 74.



Sobre la Estafeta de Urganda

AL SR. D. NICOLÁS DIAZ BENJUMEA

I



uy Sr. mío: Me decido á tomar la pluma y á dirigir á V. tres ó cuatro cartas acerca del precioso folleto publicado bajo el nombre de la ESTAFETA DE URGANDA, porque deseo que no se confirme V. en la idea, que al parecer tiene, de que ha concluído en Sevilla la serie de los apasionados de nuestro inmortal Miguel de Cervantes, que se dedican con afán y constancia al estudio de sus obras. Sin este motivo, si otros, que deberían hacerlo, hubieran salido á la liza, yo guardaría silencio y dejaría el combate á quien pudiera entrar en él con mejores armas y más probabilidades de triunfo.

Error será y aun quizás V. en sus opiniones lo calificará de blasfemia literaria, pero en mi entender la biografía de Miguel de Cervantes Saavedra está escrita. En cuanto á la posteridad interesa, conocemos perfectamente toda la existencia del escritor ilustre y su fisonomía moral; y el pretender que por meras conjeturas se introduzca otra vez la obscuridad en hechos averiguados de su vida, no es querer bien á Cervantes, Sr. Benjumea.

Para prevenir los ánimos y crear atmósfera, como ahora se dice, pues este y no otro es el objeto de la célebre ESTAFETA DE URGANDA, usa V. una argumentación vaga, indecisa, y tocando ora acá, ora allá, como en un teclado, sin concluir cosa alguna, procura V. despertar la duda en los lectores, presentando lo que nada es en sí con ciertos visos de verdad. «Hay un manantial fecundo de errores del cual quizá hayamos bebido á manos llenas. Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, nacía otro Cervantes de Saavedra en la Mancha, del cual se sabe que se ejercitó en comisiones de apremio y diligencias de justicia. ¿No es probable que muchas de las tradiciones, noticias, memorias, cartas y documentos convengan con el Manchego y no con el Castellano?... ¿Por ventura se hundió debajo de la tierra el que en la Mancha llevó el apellido de Cervantes?» Este es el tecleo de que V. se sirve para hacer que se dude, no ya de un punto señalado de la biografía del autor de D. Quijote, sino de todos los hechos que en ésta se encierran. Mirando, sin embargo, las cosas á buena

luz, lo que V. consigue es hacer que cualquier curioso examine de nuevo uno por uno los hechos conocidos de la vida de Miguel de Cervantes, y cotejando fechas comprenda que el reparo de V. nada prueba; por querer probar demasiado.

«Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, nacía otro Cervantes de Saavedra en la Mancha» dice la ESTAFETA DE URGANDA, y esto no puede correr así, porque de buena ó de mala fe comete el señor don Nicolás una equivocación *gorda*, que no es la única que encierra el folletito. Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes y de D.^a Leonor Cortinas, fué bautizado en la Iglesia de Sta. María de Alcalá de Henares en 9 de Octubre de 1547, y habría nacido, según la sencilla y verosímil conjetura de nuestro ilustre Hartzenbusch, el 29 de Septiembre anterior, por lo que recibió el nombre de Miguel; y el otro, hijo de Blas Cervantes y de Catalina López, fué bautizado en la Parroquia de Alcázar de S. Juan en 9 de Noviembre de 1558. Es decir, que el autor del Quijote contaba más de 11 años de edad, y probablemente estudiaba humanidades y componía versos, cuando en la Mancha fué bautizado su homónimo. Si esto es nacer dos personas á un tiempo, no entiendo yo jota de achaques de caballería.

Y cuenta que ese error de la ESTAFETA es aquí de gran monta, pues los 11 años de diferencia entre el Alcazareño y el Alcaláino son la mejor antorcha para no confundir la biografía de ambos Cervantes. El bautizado el 9 de Noviembre de 1558 no puede ser el Soldado de Lepanto, el hombre de ánimo esforza-

do que en 7 de Octubre de 1571 pedía á sus jefes el sitio de más peligro en el combate, y como le aconsejasen que se pusiera bajo cubierta á causa de la violenta calentura que le aquejaba, contestó: «Más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme so cubierta». Un niño de trece años que entonces tenía el alcazareño *Cervantes*, no pudo ser aquel valiente á quien se destinó al sitio del esqui-fe con doce hombres á sus órdenes, y recibió en el combate dos heridas, siendo visitado luego y alabado y adelantado en sus haberes por el insigne D. Juan de Austria.

El *Cervantes* nacido en Alcázar no pudo ser el que, interrogado en 27 de Junio de 1605 por el Alcalde de Casa y Corte D. Cristóbal Villarroel acerca de las heridas que había recibido D. Gaspar de Espeleta, dijo que era mayor de cincuenta años, pues aquél sólo contaba cuarenta y seis.

El *Miguel Cervantes* que nació en 1558, no pudo ser el autor de las *novelas ejemplares* que se publicaron en 1613, y en cuyo prólogo dice el autor «que al cincuenta y cinco de los años gano por 9 más y por la mano,» pues esta edad entre 64 y 65 era del otro *Miguel* nacido en Alcalá en Octubre de 1547.

Asegura V., Sr. Benjumea, que del alcazareño *Cervantes* se sabe que se ejercitó en comisiones de apremio y diligencias de justicia. Procedamos con orden: en primer lugar, ese dato parece que se sabe por V. solamente; alguien lo ha indicado, pero mientras no venga algún documento que lo demuestre, no

se sabe de modo que pueda alegarse en contra de otros perfectamente averiguados.

En segundo lugar: aun suponiendo que eso que V. sabe fuese cierto, ¿podría dudarse de que el autor del *Quijote* tuvo esos encargos, se ejercitó en cobranzas y recorrió la Andalucía entera con ese objeto, procurando así la subsistencia de su familia? ¿Sería inexacto por eso que el autor del *Quijote* fué preso por un alcance en las cuentas? Los documentos publicados por D. Martín Fernández Navarrete, y la carta que se conserva autógrafa y litografiada que dió aquel literato en su vida de Cervantes y hoy reproduce el Sr. Hartzenbusch en la edición de Argamasilla, no dejan lugar á dudas ni confusión. *Cervantes*, natural de Alcalá de Henares, fué discípulo del maestro Juan López de Hoyos, camarero del Cardenal Julio Aguiar, soldado de Lepanto, cautivo en Argel, proveedor en Sevilla, cobrador de impuestos en Granada, Jaén y Ronda y probablemente en la Mancha: y esto se sabe sin beber errores en ningún manantial, señor D. Nicolás; los beberíamos, y muchos, y de trascendencia, siguiendo la senda que V. nos traza; por eso yo procuro atajar el fuego, antes de que tome proporciones de incendio.

Otra peregrina corrección anuncia también la *ESTAFETA*, no menos errónea que la anterior; y es la que se refiere á D.^a Isabel de Saavedra, hija natural de Miguel de Cervantes, y que vivía en su compañía cuando la desgraciada muerte de D. Gaspar de Espeleta, llevó por algunos días á la cárcel de Va-

lladolid al autor del *Ingenioso hidalgo* y á toda su familia.

Porque Navarrete (con razón de sobra) supone que esa joven debía tener en 1605 más de veinte años, le increpa V. como á falsario, Sr. D. Nicolás, y en seguida se lanza á buscar en inverosímiles conjeturas otro origen á D.^a Isabel de Saavedra. ¡Válganos Dios! ¡Qué variedad en los juicios! La interesada dijo que era hija natural de Miguel de Cervantes: éste lo confirma; y D.^a Andrea, D.^a Magdalena Sotomayor, doña Constanza de Ovando y hasta la criada, todas declaran que D.^a Isabel era hija natural de Cervantes. ¿A qué lanzarse á buscar padre á una niña que lo tiene? Si V. acusa y escarnece y ridiculiza á quien, creyendo en la palabra del príncipe de nuestros ingenios, añade algunos años á su hija natural por creerla nacida antes de su casamiento, ¿qué haremos con V. que trata de privarle sin motivo alguno de una hija reconocida?

Todas las menciones que Cervantes y Avellaneda hacen del mesón de Valdeastillas, el memorable día del conjuro y cuantas citas á V. ocurran y puedan ocurrir á otros, no demostrarán que Cervantes mentía al asegurar que D.^a Isabel de Saavedra era su hija natural.

Mejor camino escogerá el que leyendo la *Ilustre fregona*, notando el final del Quijote de Avellaneda y teniendo en cuenta algunas otras indicaciones esparcidas en todas las obras de Cervantes, deduzca que la hija natural de éste estuvo encomendada por su

madre algunos años á personas caritativas, y que más tarde la recogió y llevó consigo su padre, en cuya compañía vivió hasta que profesó en 1614. Así se combinan las declaraciones de la familia de Cervantes con las alusiones esparcidas en sus novelas, y no se buscan al pobre manco de Lepanto cuidados ajenos cuando tanto trabajo le costaba mantener los propios.

Cervantes sabía muy bien el valor de las palabras y si la joven D.^a Isabel no hubiera sido su hija natural, él la hubiera llamado adoptiva, librándose de este modo de la nota de incontinenencia que sobre sí echaba, y de la de bastardía con que marcaba la frente de D.^a Isabel.

Para que sirva de aviso en nueva averiguación acerca de la madre de esa niña, que profesó en el mismo convento de Trinitarias, según tradición, consignaré en este lugar que tengo algunas sospechas de que aquella señora (que lo era y muy principal), tenía por nombre María y por apellido tal vez Gadoso ó Salgado. De esto hablaré en otra ocasión.

Yo creo y no me parece error, que la biografía de Cervantes escrita por D. Martín Fernández Navarrete, á la que ha añadido preciosas noticias D. Cayetano Alberto de la Barrera, no es caricatura del autor, sino retrato perfectísimo, obra de mérito singular y á la que tributan elogios naturales y extranjeros.